

de más de diez millones de pesos de obras pías, sin que hubiera protestas del clero ni escándalo de las personas piadosas.

Al editor de *La Gaceta*, Cancelada, lo desterró el virey por irrespetuoso, y al oidor Aguirre porque lo consideró como hostil á su gobierno.

Entregó por último el mando á la Audiencia, de orden de la Regencia, el 8 de Mayo de 1810.

Atribuyóse la separacion del mando del Sr. Lizana al influjo del comercio de Cádiz, que creía, sin fundamento alguno, que el Arzobispo mostraba lenidad con los conatos de insurreccion.

La Audiencia tenia como Presidente á D. Pedro Cataín, y gobernó hasta 14 de Setiembre de 1810.

La Audiencia importunaba al pueblo con la exaccion del empréstito de veinte millones; entretanto, corrian rumores de los conatos de insurreccion, primero en Morelia y despues en Querétaro, de donde partió la chispa que produjo el movimiento de 16 de Setiembre de 1810.

LECCION DÉCIMANOVENA.

Rápida ojeada al Gobierno colonial y condiciones económicas y sociológicas en que se encontraba la Nueva España.

Interrumpimos nuestra relacion de los gobiernos de los vireyes, por parecernos conveniente, para la mejor inteligencia de la Historia, dar idea del estado que guardaba la Nueva España en los últimos dias

del pasado siglo, así como de los preliminares del movimiento que determinó la independendencia, y comienza propiamente en la época del virey Iturrigaray.

Nos parece indispensable advertir, que lo que sigue es en gran parte, con ligerísimas excepciones, extractado de D. J. M. L. Mora, tanto porque hemos creído que tuvo á la vista datos fehacientes, como por su completa imparcialidad.

El Sr. Alaman estudió profundamente esta misma época colonial; pero partiendo del principio de que fué inmadura la independendencia, y por lo mismo funesta al país, calla cuanto pudiera conducir el criterio á censurar el mal gobierno de la España, llegando al punto de extraviar, si no por mala fe, sí por pasion, el juicio de los que desean imponerse de la verdad histórica.

La bula de Alejandro VI que concedió el dominio de América á los reyes Católicos y sus descendientes, los hizo creer en una propiedad absoluta, respecto de las tierras, cediéndolas condicionalmente; y respecto á empleados y aun á sacerdotes, amovibles á voluntad de los monarcas. El pueblo no tenia representacion alguna en el orden político.

Los vireyes eran la representacion, aunque con autoridad delegada, de ese despotismo concedido á la corona por la suprema autoridad espiritual.

La riqueza, el aparato, las consideraciones acordadas á los vireyes, estaban en armonía con aquella representacion.

Los reinos y provincias se dividian en partidos su-

jetos á alcaldes mayores, y los pueblos á un teniente de justicia.

Los jefes de provincia se llamaban gobernadores, y la autoridad de las capitales era el corregidor.

Los pueblos de alguna importancia tenian su Ayuntamiento y sus fondos municipales.

Los pueblos que tenian Ayuntamiento se llamaban villa ó ciudad.

Los Ayuntamientos se componian de alcaldes, regidores y síndicos.

Las secciones que se conocian con los nombres de reinos ó provincias, eran las siguientes:

1º Reino de México.—2º Nueva Galicia (Guadalajara).—3º Nuevo Leon.—4º Nuevo Santander (Tampico).—5º Tejas.—6º Coahuila.—7º Nueva Vizcaya (Durango).—8º Sonora y Sinaloa.—9º Nuevo México.—10º Alta y Baja California.

Estos reinos ó provincias estaban divididos, al establecerse las intendencias, en 42 partidos ó alcaldías mayores.

La division territorial correspondia á esta pésima organizacion, hasta la monarquía de Carlos III, en que el ilustre Gálvez consultó las intendencias, que no pudieron establecerse, aunque muy imperfectamente, sino hasta fines del siglo, esterilizándose del todo los beneficios que debieron haber producido: las intendencias eran doce y se llamaban:

México, Puebla, Guadalajara, Oaxaca, Guanajuato, Mérida, Valladolid, San Luis, Durango, Veracruz, Zacatecas y Sonora.

Los intendentes eran por lo comun los jefes de provincias, con facultades en lo económico, en lo judicial y administrativo. Sobre la division expuesta está calcada la federacion.

Los magistrados de provincias se llamaban subdelegados, con las mismas facultades en pequeño que los intendentes.

La planteacion de las intendencias con su *Ordenanza* que contiene bien meditadas reglas de gobierno, descentralizó el poder, comunicándoles libertades, vida propia y cierta autonomía que debió desarrollar y robustecer á los pueblos.

Peró si bien es cierto que las naciones no se hacen adrede ni como á torno, tambien lo es que una reforma tan trascendental pudo haber corregido vicios de organizacion que serán y han sido funestos para todo buen gobierno.

La concesion de grandes extensiones de territorio á pocos particulares haciéndolos dueños de inmensos terrenos, algunos de ellos con límites arbitrarios; la desigualdad de poblacion culta, relativamente hablando, en el centro y en las fronteras despobladas, casi salvajes; lo exíguo de recursos en unos puntos, y en otros lo abundante, y hasta las condiciones económicas por la falta de comunicacion y por la de aguas, la generalidad de productos, base de la alimentacion, falta de caminos, etc., todo hacia anárquica la nueva organizacion, á pesar de que tenia formas centrales: muchas localidades quedaron sin recurso, y hay datos para probar que alguna intendencia no se comu-

nicaba con el centro, porque le faltaron recursos para comprar papel, tinta y costear el correo.

Las Audiencias eran los cuerpos encargados de la administracion de justicia. Estudiadas con algun detenimiento, se ve el designio de que tuvieran tambien cierta ingerencia en el órden político, interponiéndose entre el virey y el pueblo y asesorando á los reyes mismos en lo relativo á las colonias.

La administracion encomendada á las Audiencias la ejercian por secciones ó salas más ó ménos numerosas, segun la importancia de la poblacion y los negocios.

En Nueva España habia dos Audiencias, una en México y la otra en Guadalajara: en la Audiencia de México habia dos salas, una para los negocios civiles y otra para los criminales; en Guadalajara tres, dos para los primeros y una para los segundos.

Los oidores eran personas de la más alta importancia, con pingües emolumentos, honores y facultades particulares.

Con sesuda prevision y atentos los reyes á la expansion á que tiende el poder, y un poder que tenia las condiciones que el que ejercian los vireyes, los oidores tenian facultad de revisar los reglamentos administrativos y de representar en su contra el *Consejo de Indias*. A la muerte de un virey y miéntras se reemplazaba, las Audiencias gobernaban con toda la suma de facultades que los mismos vireyes. Ejerciendo como tribunal, sus fallos, generalmente hablando, eran sin apelacion, y sólo en casos muy singulares habia lugar á la apelacion al Consejo de Indias.

Este cuerpo fungia á semejanza de las Audiencias, cerca del trono, hallándose encargado de la administracion suprema en todos los dominios de América.

Establecido por Fernando el Católico en 1511 y perfeccionado por Carlos V en 1524, abrazaba todos los negocios civiles, militares, eclesiásticos y de comercio, sujetando á su autoridad á todos los funcionarios públicos sin excepcion. Las grandes facultades del Consejo y la circunstancia de emanar de él las leyes referentes á las Indias, le dieron inmenso prestigio: sus reglamentos, aunque se resentian de la falibilidad de informes diminutos, fueron muchas veces benéficos y aspiraban al establecimiento de la justicia, refrenando no pocas veces la audacia y rapacidad de los conquistadores. No obstante, hubo casos en que sus miembros se dejasen corromper, y entónces los males que se hacian á la justicia eran irreparables. El rey era el Presidente nato del Consejo, el cual seguía constantemente á la Corte y celebraba sus sesiones donde aquel se hallaba.

Los negocios de comercio tenian tambien en las colonias sus tribunales conocidos con el nombre de Consulados, y compuestos de un prior, dos cónsules, un asesor y un juez de alzadas.

Estos tribunales entendian en todo, y en todos los delitos correspondientes al comercio, rigiéndose por una legislacion privativa llamada *Ordenanzas de Bilbao*.

La corporacion de que emanaba el tribunal, era de comerciantes con determinadas cualidades, que se

matriculaban, y que á su tiempo elegian sus magistrados.

Los consulados, formados de los más ricos é influyentes españoles, llegaron á adquirir colosal poder, hasta el punto de tener como en tutela á los vireyes y decidir de los negocios más delicados del gobierno.

Sus representaciones á la Corte casi siempre eran obsequiadas, teniendo en asuntos de gobierno por objeto la depresion y abatimiento de los mexicanos.

Aunque los consulados, por el carácter privativo que tenian y las personas que los formaban, produjeron grandes males, no puede negarse que hicieron muchos bienes y dejaron memorias plausibles en el desague, edificios principales para la administracion de rentas, y moralizacion de éstas cuando estuvieron á su cargo.

El desden y pugna de los consulados y los vireyes y autoridades, la usurpacion de los poderes públicos, el carácter de soberbia poblacion netamente española, para sobreponerse á todo en odio de México, explicado de un modo feroz en la primera época de la revolucion, hicieron que el pueblo abominase á los consulados.

El tribunal de la Acordada fué establecido para la persecucion de salteadores y ladrones, que ántes de él invadian y hacian inquieta la vida en México.

Establecióse la Acordada á principio del siglo pasado, independiente del virey, y se componia de un juez y asesores letrados que fallaban y ejecutaban de un modo irresponsable las sentencias.

Tenia este tribunal á sus órdenes comisarios que cruzaban todos los caminos y á quienes las autoridades, sin excepcion, prestaban completa obediencia y todo género de auxilios. Ya se deja entender al abuso á que se prestaba poder semejante; de ahí es que, despues de fungir algunos años, se restringieron sus facultades y se extinguió al fin, dejando odiosos recuerdos.

El Tribunal de Minería tenia á su cargo promover los conocimientos útiles, introducir los métodos que mejorasen el laborio de las minas denunciadas, y fallaba sobre los derechos de propiedad que los interesados pretendian deducir sobre ellos, porque si es cierto que logró la seguridad de los caminos, tambien lo es que cometia frecuentemente horribles asesinatos.

Este Tribunal adolecia de todos los vicios de los tribunales privativos, de todos los instrumentos restrictivos, formando una sociedad como la de los consulados contrapuestos á los intereses generales, que sólo se protegen con la libertad. Acabó por constituirse en poder y declarar patrimonio suyo parte de la contribucion de minería.

GOBIERNO DE LOS INDIOS.

La inestimable obra del Sr. Mora, que en gran parte hemos seguido, consagra un artículo especial á los indios, que por su importancia extractamos más minuciosamente que los otros capítulos.

Colon, en 1499, distribuyó entre sus compañeros

las tierras descubiertas, declarando afectos á ellas á los que las habitaban, conforme al sistema feudal entonces en privanza.

Tal disposicion fué reprobada en la Corte, y se les mandó poner en libertad. Este beneficio fué de corta duracion, y volvieron los indios á la servidumbre, sin más ventaja que se les diera parte de lo que ganasen por su trabajo. El salario debia fijarlo el Gobierno, y tal medida la aprobaron los reyes Católicos.

Los frailes dominicos, con laudable entusiasmo, tomaron á su cargo los intereses de los indios y negaron la absolucion á los que los esclavizaban.

El Lic. Bartolomé de las Casas, que se hizo despues fraile dominico, emprendió entusiasta la defensa de los indios, constituyéndose en su providencia y amparo. Sus viajes, su elocuencia, su constancia, lograron alcanzar del cardenal Jiménez que enviara comisionados á imponerse de la suerte de los indios para poner remedio.

Tres frailes jerónimos fueron los designados para la comision, y éstos provocaron la relajacion de las encomiendas sólo para los españoles no radicados en las colonias, resultado contemporizador é indigno de la alta mision que tenian que desempeñar los tales frailes.

Casas, infatigable, desconocia lo hecho primero, y obtuvo la destitucion de los frailes é influyó en el nombramiento de Figueroa, quien para cerciorarse de lo hecho, mandó que se reuniesen los indios en dos grandes aldeas y que se les dejase árbitros de sus

acciones. La experiencia, festinada y mal dispuesta, no fué favorable, y de aquí se tomó fundamento para declarar incapaces á los indios y restituirlos á la servidumbre.

La indignacion fué universal, y las protestas contra lo determinado fueron tan enérgicas, que Carlos V mismo tuvo que ceder á las Cortes de Castilla que pidieron en 1525 se anulase lo hecho, prohibiendo en su consecuencia á Cortés hiciese tales repartimientos y ordenándole que si se hubiesen hecho algunos se anulasen. Pero estas órdenes llegaron tarde á México, donde se habian hecho los repartimientos como en las otras colonias, y la conveniencia las dejó sin ejecucion.

Profesábase por aquellos tiempos y en todos los dominios españoles, el axioma de que sin la ignorancia, la sujecion de los indios y su esclavitud, no sólo no se sacaria fruto alguno de la conquista, sino que ésta se perderia, perjudicando entretanto á la Península.

Las instancias por la libertad de los indios y tales creencias, produjeron en 1556 un partido medio que consistia en conceder por sólo dos generaciones la encomienda; pero como las concesiones se renovaban, se hacia indefnida la esclavitud de los indios.

Descontento el venerable las Casas con semejante estado de cosas, nada omitió por destruirlo; dice el Sr. Mora: "agitó, persuadió, maniobró, y por último, "apeló al Universo entero, denunciándole los excesos "cometidos por su nacion," pero todo sin fruto.

Cárlos V, en 1524, ordenó que las encomiendas que vacasen ingresaran á la Corona, pero sin éxito de ninguna especie.

Establecido sólidamente en 1549 el Gobierno español, se libertó á los indios de algunos trabajos personales gravosos; la ley arregló el tributo que debian pagar los encomenderos; les prohibió residir en sus señoríos, intervenir en sus matrimonios, tener tierras que exigiesen sus servicios, comisionando un empleado independiente del soberano para percibir sus tributos.

Los indios fueron ó vasallos inmediatos de la Corona ó del encomendero, por la tierra en que vivian. La nueva legislacion los libraba de ser bestias de carga; pero les dejaba los trabajos forzados en los edificios públicos y obras que se calificaban de utilidad general, y en las minas. Para el laborio de éstas se mejoró la suerte del indio, pues se redujo el trabajo forzoso á un cuatro por ciento de los trabajadores, durando en el trabajo un tiempo muy corto.

A gran parte de los indios avecindados en las grandes ciudades se les eximió del tributo, pero se les impuso la obligacion de reunirse en poblaciones, levantar un templo, y costear la mitad de los gastos del culto que debia instruirlos en los principios de la religion.

Tenian tambien obligacion de establecerse en la ciudad principal en que estaba la encomienda, y tener armas y caballos en competente número para acudir á su defensa.

Estas disposiciones estuvieron vigentes hasta 1608. Siguieron en el siglo XVIII conquistándose mayores franquicias para los indios, las que favorecia la ley con declarar del erario la tercera parte de las rentas de las encomiendas, hasta que en 1720 quedaron totalmente suprimidas, sin otra excepcion que las acordadas perpetuamente á los descendientes de Cortés.

El Sr. Mora disculpa, con una imparcialidad que le honra, al gobierno español, por la conducta seguida en la cuestion de encomiendas; pero por justas que sean las razones que alega, ellas no disminuyen la trascendencia social de los hechos que trajo consigo la esclavitud, ni de las condiciones sociológicas en que el país se encontraba al verificarse la independencia.

Los indios, emancipados de sus señores, cayeron de lleno bajo el dominio eclesiástico, que cuidaba de su aislamiento, embrutecimiento y fanatismo, reduciendo su tarea á hacerlos cristianos á su modo, sin cuidarse de hacerlos hombres, como dice Mora.

En su ausencia de ideas, el ceremonial católico los hizo cambiar de formas para sus creencias.

Millares de indios fueron bautizados sin que supiesen qué queria decir tal ceremonia, y fueron degradados en lo civil, sin que de ello se apercibiesen.

Los indios que no moraban en las ciudades, fueron congregados en pueblos, de donde no les era permitido salir, y cuya economía interior estaba al cargo de un indio nombrado gobernador.

No habia propiedad; las tierras se debian cultivar en comun para atender á las necesidades públicas.

La ley tenia determinado, que en cualquiera lugar, aunque fuese de propiedad particular, que ocupase determinado número de familias y se construyese una capilla, se formase un pueblo,¹ desposeyendo, en consecuencia, al propietario. Éste vió con terror las inmigraciones cerca de su propiedad, acogiendo sólo corto número de familias que esclavizó, y formando por una parte cierta categoría entre los peones *acasi-llados*, como se llaman hoy, y los libres, y por otra, odios entre colonos y propietarios, divorciando, con todas sus funestas consecuencias, al capital y al trabajo.

Como consecuencia de la libertad otorgada á los indios, fué su admision en la clase de ciudadanos y la necesidad de que contribuyeran á los gastos públicos; pero como se trataba de clases improductivas, se estableció una contribucion moderada á los varones, desde los diez y ocho hasta los cincuenta años, encargando la recaudacion primero á los alcaldes mayores ó corregidores, y despues á los subdelegados.

Los alcaldes mayores, que precedieron á los intendentes, tenian facultades en Hacienda, Justicia, Guerra y Policía, bajo la inspeccion del virey y los tribunales. Aunque la ley les prohibia hacer ningun género de comercio, jamas la acataron, explotando escandalosamente á los indios que estaban bajo su jurisdic-

1. Mora, tomo I, página 199.

cion. Como su encargo sólo debia durar cinco años, en el primero vendian al crédito cuanto podian, reservándose cuatro para cobrar, con el ejercicio de crueles vejaciones.

La corte de Madrid conocia esos abusos, pero creia vinculada con ellos una dominacion que temia rebajar y perder.

No obstante, para paliar tal situacion, se nombraron protectores ó abogados de los indios; procedióse á la creacion de colegios para su instruccion y curacion de sus enfermedades.

Los privilegios ó proteccion que á los indios se dispensaba, de parte de los reyes con la más noble intencion, consistian en considerarlos como menores en sus tratos, en facilitarles el matrimonio por medio de dispensas en que pagasen á la Iglesia la mitad de las obvenciones parroquiales, en libertarlos de ayunos, de penitencias, dejándolos trabajar muchos de los dias que eran para otros festivos, y en la concesion de tierras para fundos de los pueblos, que debian trabajarse en comun desposeyendo al propietario.

Estos, que se llamaron beneficios, refluieron en contra de los indios, porque principalmente la consideracion de menores los inhabilitaba para toda clase de contratos, excluyéndolos del trato social.

Lo mismo puede decirse sobre la facultad del trabajo en los dias festivos, puesto que se les obligaba entónces á trabajar en provecho ajeno.

“Hé ahí—dice el Sr. Mora, despues de referirse á “lo anterior—un extracto de los reglamentos posterior-

“res, encontrándose y convirtiéndose en parciales los juicios, según se atenían los críticos á las leyes ó á su práctica.”

“Los indios—termina el Sr. Mora—padecieron sin interrupción, por la codicia de los particulares y por las exacciones de los magistrados, destinados á pro-tegerlos. Se les imponían cargas excesivas, se les prolongaba la duración de sus trabajos, y gemían bajo la opresión, patrimonio ordinario de un pueblo que vive en la dependencia de otro muy distante.”

PROPIEDAD TERRITORIAL, FUNDACION DE POBLACIONES.

El soberano se consideraba dueño absoluto de todos los terrenos de México; sin su concesión, ninguna propiedad era legal. El rey hizo que se distribuyeran los terrenos entre los conquistadores favoritos de la Corte y familias ó naciones de indios que se habían aliado á los españoles para la consecución de la conquista. A un soldado de infantería ó peon se le concedían 600 varas para levantar su casa y 2,000 para jardín, 15,086 para huerto, 188,536 para cultivo de los granos de Europa, y 18,856 para maíz: tenía el terreno necesario, además, para mantener 10 puercos, 20 cabras, 100 ovejas, 20 toros y vacas y 5 caballos. Doble concesión se hacía á los soldados de caballería, y quintuple á los demás.

Ordenóse todo lo conveniente para que el establecimiento de nuevas poblaciones fuese en terrenos fér-

tiles y salubres. Admitíase un empresario que llevase al cabo la obra, y se hacían con él estipulaciones libres en parte, y en parte fijadas por la ley, como de levantar un templo, proveerlo de un ministro, dotar el culto, etc., exigiéndose lo ménos 30 habitantes españoles, de los cuales cada uno tuviese 10 vacas, 4 bueyes, un jumento, una puerca, 20 ovejas, un gallo y 6 gallinas. Perfeccionadas las condiciones estipuladas, se acordaba al empresario la jurisdicción civil y criminal por dos generaciones, el nombramiento de los funcionarios municipales y cuatro leguas cuadradas de terreno.

El sitio de la ciudad, los ejidos y el empresario absorbían el principal terreno. En cuanto á adquisiciones, se dictaron otras providencias sábias y oportunas para reprimir la codicia de los conquistadores; pero en 1591 Felipe III anuló todas estas leyes, mandando que se presentasen los títulos legítimos de la propiedad, ordenando se hiciesen composiciones (diesen dinero los propietarios) por la revisión de los papeles que no se encontrasen en regla.

Nada bastó para contener la rapiña de los primeros poseedores; se hicieron dueños de terrenos inmensos; los convirtieron después, contra toda ley, en mayorazgos, y así se estancó la propiedad territorial en pocas y muchas veces infecundas manos.

Además, como era natural, el valor de las tierras se valuaba por el número de indios que les estaban afectas, pasando éstos, como bienes muebles, de unas á otras manos, con las aberraciones consiguientes.

El clero, por su parte, trabajaba, y conseguía sin esfuerzo que pasase á manos muertas la propiedad territorial. La ley de Indias prohibió semejante transmisión, pero la codicia disfrazada con la piedad cristiana, hizo que quedase como letra muerta la ley. No obstante, las adquisiciones fueron tan escandalosas, que Carlos III prohibió que se hiciesen legados en favor de la comunidad á que pertenecía el confesor del enfermo. Las cofradías eran dueñas de todos los terrenos de los indios, ó los tenían afectos de alguna manera, de suerte que para aquellos, desconocido casi del todo el capital, no fuera sino una tarea maquina y penosa el trabajo.

El pago del diezmo caía con su enorme peso sobre la agricultura en las Américas, desde 1501, aun respecto de las producciones exceptuadas. Las funciones religiosas eran otro elemento esterilizador y que contribuía no poco á la miseria y esclavización del indio.

Los extranjeros tenían la más completa interdicción de penetrar en estos países, quitándoles todos los beneficios de la sociabilidad.

COMERCIO.

La mira dominante en la política española era, como se ha visto, afianzar la posesión de la colonia y explotarla: para esto se hacía indispensable, ó mejor dicho, eran consecuencia de esas máximas, la ignorancia, la prohibición de productos y de industrias

similares, la incomunicación con el extranjero y las precauciones en todos los ramos, y esencialmente en el comercio para no desvirtuar aquellos principios.

El tráfico se hacía entre españoles, habitantes de la Península, y españoles de México, encargándose primero la Casa de contratación de Sevilla y luego la de Cádiz de la remisión y arreglo de lo que debía enviarse para la provisión de las colonias, y si algunas necesidades se manifestaban que no pudiera satisfacer la metrópoli, el comercio se hacía de puertos europeos á los de España, y éstos y sólo éstos se comunicaban con México.

El comercio extranjero llegó á prohibirse hasta con la pena capital.

Limitado el comercio al solo puerto de Veracruz, se circunscribía el tráfico á muy pocas casas, que se combinaban muy fácilmente para el alza de los precios. Este monopolio producía, no pocas veces, la ruina de muchas casas, porque la acumulación de efectos no estaba en relación con los consumos.

Más cautos los comerciantes, limitaron sus pedidos, y los remitentes escatimaron sus envíos. A mediados del siglo XVII, en que llegó á su más alto grado de esplendor el comercio, las flotas y galeones apenas importaron 27,500 toneladas, de las cuales no llegaban á 6,000 las destinadas á México.

Tres ó cuatro casas eran las únicas que tenían noticia de la llegada de la flota, que tomaban por su cuenta, imponiendo á los efectos los precios exorbitantes que les dictaba el monopolio.